

## Descifrar la mujer

Mirta Berkoff

Cuando nos planteamos hoy, desde la orientación lacaniana, cuál es la relación del niño con la madre, no la entendemos sólo leyéndola desde la metáfora paterna, o sea desde la versión edípica de la madre, sino que entendemos que también se juega para el niño la relación con la mujer. El viraje que hacemos en la lectura de la relación del niño con la madre obedece al lugar que Lacan le da a los tres registros avanzada ya su obra. En su lectura, lo simbólico deja de tener preponderancia.

### El viraje en la madre

La metáfora paterna formula lo que el Edipo ficciona: que hay un goce de la madre metaforizado por el Nombre del Padre. Lo que se plantea en la metáfora es una significantización. Se eleva a la categoría de significante algo que no lo es, se trata de la mortificación de la cosa por el significante.

En el *Seminario 11*, [1] Lacan se sirve del *fort-da* para mostrar cómo la madre se transforma en significante. La madre desaparece detrás del *fort* y del *da*; en esta operación se trata de su ausencia.

Más tarde en la obra de Lacan, a la altura de las *Dos notas sobre el niño*, [2] el niño se convierte en *partenaire* sintomático de la madre, siempre y cuando su discurso esté articulado en una pareja. De otro modo, puede tomar un valor especial en el fantasma materno. En el caso en que se identifica con el objeto en lo real, sin articulación al falo, entonces el niño realiza este objeto siendo su cuerpo el condensador de goce.

En el *Seminario 20*, [3] leemos que la madre tiene sus objetos *a* encarnados en sus hijos, con lo que hará de ello su perversión, pues la mujer no tendrá otros fetiches. O sea que, a esta altura de la obra de Lacan, la madre se hace a través del objeto *a* y ya no a través de una metáfora.

En *RSI*, [4] la madre estará lejos de ser solo un significante, sino que encarnará un objeto particular para un hombre. El niño está ligado a esa mujer que se presta al fantasma de un hombre, siendo este lugar de causa un punto en que su goce, el de ella, ya no responde al Nombre del Padre.

A partir de esta articulación Lacan deja en claro que la relación del niño no es solo con la madre sino con la mujer.

La madre del Edipo pasa a ser un semblante que debe ser articulado con la proposición de la mujer en tanto que real. La mujer no responde a la interdicción edípica.

¿Por qué se produce este viraje? Porque la última enseñanza de Lacan no parte de lo simbólico, para Lacan ya lo simbólico no hace más que enredar lo real. En este sentido la madre del mito edípico es un embrollo tejido en torno al agujero de lo real de la mujer.

A la idea de que un niño puede ubicarse como síntoma en relación a un discurso, o como objeto del fantasma materno, se le suma ahora la idea que la mujer, en tanto que real, constituye un síntoma para el niño.

Entonces, si se trata del embrollo edípico, el niño tiene relación con su madre, pero si se trata de ir más allá de la cuestión fálica, su relación es con la mujer.

A la pregunta de si el niño tiene la temprana percepción de la madre en tanto mujer, tenemos que responder que sí. El niño hace la temprana experiencia de un real de la mujer que no se articula en la madre. El niño no solo está enfrentado al deseo materno sino que tiene relación directa con la posición femenina de su madre.

La madre, partida de sí misma en su goce, extraviada, es siempre un horizonte a descifrar. El niño tiene que descifrar el real en juego en la madre, que no es su versión edípica sino un sinsentido radical.

No estamos en el terreno de un goce robado por el padre del Edipo, sino en el terreno de un goce que no tiene límite. O sea, no es el goce recuperado después de una pérdida -lo que planteamos obedece a otra lógica: es una lógica donde no todo es fálico, no todo tiene sentido.

Entonces, lo femenino es una zona de irremediable silencio de la existencia a la que responde todo ser hablante. Es un vacío que lo habita y lo hace hablar.

Es porque no puede decir la ausencia que el ser hablante teje a su alrededor; pero lo femenino no se deja dominar.

## El niño y el extravío del goce

La cuestión es ¿cómo aborda el niño ese goce extraviado?

Lacan ha contestado esta pregunta puntualmente refiriéndose a los jóvenes. Los jóvenes, dice, se sirven de un sueño para abordar el despertar de la primavera. La pubertad los enfrenta con un goce que no pueden nombrar donde se pone a prueba el uso del fantasma. Solo a través del fantasma se podrá abordar lo indescifrable del Otro sexo, que es siempre la mujer.

Eric Laurent dice: “Es indispensable tener un sueño, creer que en lo real hay un mensaje a descifrar. Un mensaje que apunta a lo más íntimo de cada uno”. [5] Tenemos sueños porque habitamos el lenguaje, el mundo es solo el sueño de cada cuerpo. Cada cuerpo que habita el lenguaje inventa su síntoma para bordear el agujero que se produce en el choque con la lengua.

Si bien Lacan ha ubicado los sueños en el despertar del joven, tenemos que decir que el niño no arriba a ese despertar sin haber tenido sus sueños de infancia. El niño construye sus ficciones con las que bordea ese punto de real, ese punto en que la madre está afectada por un goce que el Edipo no logra descifrar.

Tomemos como ejemplo la novela familiar del neurótico. En esa novela, dice Freud, el niño se imagina como adoptado porque encuentra una distancia entre lo que espera de los padres en términos de amor y lo que encuentra. Es así como los padres se vuelven extraños.

Freud agrega luego: “cuando el niño toma conocimiento de los procesos sexuales, se ha apercebido de la diferencia de los sexos esas primeras fantasías se ponen a la altura de los nuevos conocimientos”. [6]

El niño comprende la incertidumbre del padre. El padre podría no ser su padre pero no duda ya del origen materno. La madre es *certissima*; sin embargo, caben dudas respecto de su goce. Se duda que la madre sea toda del padre, la fantasía incluye ahora en esta etapa la infidelidad de la madre.

La exaltación del padre incierto, que no es el genitor y la infidelidad de la madre que es no toda del padre. ¿Acaso esta ficción no es el intento de descifrar un goce en la madre que no condesciende al Nombre del Padre?

Dice E. Laurent: “En la madre hay la lengua del síntoma femenino”. [7] Me atrevo a decir que toda la neurosis infantil, no solo, la novela familiar es la creencia de que en lo real del goce hay un mensaje a descifrar.

Si no estamos dispuestos a la creencia que Lacan llama debilidad mental solo queda el camino de la locura. La neurosis nos lleva por la senda de la creencia de que en el síntoma hay algo que descifrar.

La mujer se ha constituido en un síntoma a descifrar en la civilización, lo que se plantea desde la orientación de Lacan es que la mujer es incluso un síntoma a descifrar para un niño.

## De estragos y feminizaciones

La cultura ha sido armada para controlar lo femenino, lo ha rechazado instituyendo el fantasma fálico. Ahora, en la época del Otro que no existe la atadura fálica está desprestigiada y parece dar lugar a cierta aspiración a lo femenino.

Como decía Miquel Bassols en una entrevista, estamos en un momento donde la presencia de lo femenino y de la mujer cambia los ejes de las coordenadas del sujeto contemporáneo en relación a su goce. ¿Cómo entender el nuevo lugar de lo femenino en la experiencia subjetiva?

Que no todo responde a la vertiente del Nombre del Padre es ley para todo ser parlante; sin embargo, el niño, como las mujeres, parece estar más cerca de ese real, más abierto a la incidencia de lo femenino.

En ambos su atadura al falo es laxa, aunque por motivos disimiles. El niño no está aún tomado totalmente en el discurso. Hay algo de ese operador del padre que aún no ha terminado de abrochar el goce al sentido común, por lo cual el niño está más cerca del fuera de sentido. Se ve cómo puede jugar más libremente con los sonidos y sinsentidos de la lengua, gozar de la materialidad del significante, del soliloquio, sin estar tan embrollado con la mentira mental.

La mujer, por su lado, tiene un modo particular de inscripción en el Otro, no-toda en la lógica fálica, como madre es "la que tiene", inscrita del lado masculino, como mujer está más abierta a una lógica del infinito y, por lo tanto, más abierta a un goce sin medida. Sin nada para perder, dice Lacan, está menos atada a sus bienes y puede llegar más lejos en su arrojamiento o también a una entrega sin límites en nombre del amor.

La mujer no-toda atada y el niño no totalmente encaminado aún por los surcos del sentido común, están más propensos al extravío, incluso, a expensas de un posible estrago.

Como sostiene Miller en *El lugar y el lazo*, [8] el estrago tiene íntima relación con el cuerpo. Es una devastación del cuerpo. *Ravage*, en francés, se traduce como rapto, rapto del cuerpo.

J.-A. Miller y E. Laurent han trabajado mucho este rapto del cuerpo en *Lol V. Stein*. En la novela de Duras la protagonista, al enfrentarse al desamor de su novio, queda desarropada de la mirada amorosa con la que la vestía. Se descubre, entonces, que su ser era ese vestido, pues ella queda sin cuerpo, raptada de cuerpo. Detrás del vestido que le otorgaba esa mirada, su cuerpo es un vacío.

El cuerpo no es algo con lo que se nace, el cuerpo se construye corporizando el significante. Lol no tiene cuerpo. Por eso, en su caso, sus ropas, fueron a parar al lugar de lo real. El vestido en el lugar de la carne. Al quedar desarropada solo le queda vagar cual cuerpo errante.

En la actualidad, ante la caída de los semblantes, ante el desprestigio del significante rector, asistimos a una falla en la corporización normada. Sujetos que no disponen del cuerpo inventan nuevas formas de corporizarse. Tatuajes, cortes, cirugías, deportes (en algunos casos extremos), son intentos de enlazar un imaginario no anudado, pues hoy el cuerpo no ancla tan fácilmente en la identificación narcisista especular.

Hallamos en la clínica actual que, mientras algunos sujetos buscan desvestir a la mujer hasta desollarla, otros buscan corporizarse a través de la imagen de la mujer. El cuerpo femenino -o sus vestidos y accesorios- podría, para algunos sujetos, ser la llave para develar el secreto de un goce que jamás será revelado.

Nos consultan hoy por niños que desean jugar con *Barbies*, vestirse de mujer, cambiar su nombre, colocarse en la fila de las niñas.

¿Es posible que la caída de los semblantes -o de los sueños- esté promoviendo en los niños una identificación con la imagen femenina? ¿Qué arrebatamiento del cuerpo, qué devastación tiene allí lugar?

En estos casos, como describe Miller que sucede con Lol Stein, lo imaginario parece valer como real pues el vestido está en lugar del cuerpo. La imagen y el ser parecen estar confundidos. La demanda loca de cambiar de sexo sería, en

esos casos, no la elección de una posición sexual sino una respuesta singular a la falla en la corporización propiciada por una sociedad que aspira a lo femenino tanto como a proveerse de un goce sin medida y a cualquier precio.

Como vemos, la clínica actual nos enfrenta a casos que no podemos clasificar con las viejas herramientas. Entonces, no pensar la relación del niño a la madre solo a través del universal del Edipo, o del padre de la metáfora paterna nos ayudará a cernir la singularidad de la respuesta de cada niño al goce inenunciable de la mujer.

#### NOTAS

1. Lacan, J., *El Seminario, Libro 11, Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*, Paidós, Bs. As., 1987.
2. Lacan, J., "Dos Notas sobre el niño", *Matemas II*, Ed. Manantial, Bs. As., 1991.
3. Lacan, J., *El Seminario, Libro 20, Aun*, Paidós, Bs. As., 1981.
4. Lacan, J., clase del 21 de mayo de 1975, Seminario 22, "RSI", inédito.
5. Laurent, E., Conferencia "Las Mujeres, entre semblantes y síntoma" dictada en el marco de las *Primeras Conferencias Internacionales Jacques Lacan*, Barcelona, mayo 2016. <https://vimeo.com/167547244>
6. Freud, S., "Family Romances", *Standard edition of the complete psychological works*, volume IX, The Hogarth Press, London, p. 239. (Trad.: M. Berkoff).
7. Laurent, E., Conferencia "Las mujeres, entre semblantes y síntoma", *op. cit.*
8. Miller, J.-A., *El lugar y el lazo*, Paidós, Bs. As., 2013.

#### BIBLIOGRAFÍA

- Miller, J.-A., *El ser y el Uno*, inédito.
- Miller, J.-A., *Biología lacaniana y acontecimiento del cuerpo*, Colección Diva, Bs. As., 2002.